

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

19/2016

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Mosse, George L., *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Traducción y estudio preliminar de Ángel Alcalde, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016  
(Francisco Javier Caspistegui)  
pp. 618-622



Universidad  
de Navarra

---



Mosse, George L., *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Traducción y estudio preliminar de Ángel Alcalde, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016 (ed. original: Oxford, Oxford University Press, 1990). 310 p. ISBN: 9788416515394. 24'00€

Soldados caídos. Un estudio introductorio. CAPÍTULO 1. Introducción: un nuevo tipo de guerra. *Parte I.* Los orígenes. CAPÍTULO 2. Voluntarios de guerra. Capítulo 3. La construcción del mito: símbolos tangibles de muerte. *Parte II.* La Primera Guerra Mundial. CAPÍTULO 4. Juventud y experiencia de guerra. CAPÍTULO 5. El culto al soldado caído. CAPÍTULO 6. La apropiación de la naturaleza. CAPÍTULO 7. El proceso de trivialización. Parte III. La posguerra. CAPÍTULO 8. La brutalización de la política alemana. CAPÍTULO 9. Construir sobre la guerra. CAPÍTULO 10. La Segunda Guerra Mundial, el mito y la generación de posguerra. BIBLIOGRAFÍA. ÍNDICE ALFABÉTICO. ÍNDICE.

No hay que descubrir la altura historiográfica de George Mosse, un autor muy querido y seguido en Italia, algo menos en Francia y Alemania. Sin embargo en España no ha tenido excesivo éxito hasta hace poco más de una década, cuando se tradujo *La nacionalización de las masas*. Y aunque su nombre ha sido empleado en las polémicas sobre el revisionismo, por encima de todo sigue sobresaliendo un historiador muy atento a los matices culturales de la identidad y la formación de las naciones. De hecho, la suya era una mirada histórica, pues trataba de localizar los orígenes del problema del nazismo en sus antecedentes, lo que le llevó a remontarse hasta la Ilustración. En este transcurso trascendió el objeto al que se dedicaba y por ello, siguiendo al prologuista, puede decirse que el libro aquí reseñado es «una historia cultural de la guerra moderna» (15), que se inserta por derecho propio dentro del selecto grupo de las obras que han marcado el análisis de las contiendas bélicas desde esta perspectiva culturalista, con Paul Fussell, *The great war and modern memory* (1975), John Keegan, *The face of Battle* (1976), Eric J. Leed, *No Man's Land* (1979) y Modris Eksteins, *Rites of Spring* (1989).

El punto de partida de Mosse en este libro es tratar «de cómo los hombres hicieron frente a la guerra moderna y de las consecuencias políticas de tal confrontación. El encuentro con la muerte de masas es quizá la más fundamental experiencia de guerra y, por ello, constituye la clave de nuestro análisis» (31). Aunque la guerra no es un fenómeno nuevo, sí que el siglo XX (con algún antecedente en el XIX) la ha mostrado inserta en una tecnificación creciente y, con ella, cada vez más caracterizada por la muerte en masa. Esta experiencia y sus repercusiones tras el final de las hostilidades ofrecen un campo de atención al que Mosse se aproximó a través de una perspectiva cultural. De hecho, se enfrentó a los intentos de los estados, los artistas e intelectuales, o los excombatien-

## RECENSIONES

tes para dar sentido a pérdidas humanas millonarias y justificar la posición de la nación en ella.

De ahí surgen algunos conceptos propios, como el mito de la experiencia de guerra, que «se diseñó para enmascarar la guerra y hacerla legítima; para desplazar su cruda realidad. La memoria de guerra se remodeló para convertirla en una experiencia sagrada que había proporcionado a la nación nuevos y profundos sentimientos religiosos, imperecederos santos y mártires, lugares de culto: una herencia que mantener y emular» (35). El ceremonial conmemorativo, los monumentos, los recuerdos, la memoria de la guerra en definitiva, se hicieron omnipresentes en un proceso que podría considerarse como una trivialización o banalización, al hilo de reflexiones similares sobre el mal (Arendt) o el nacionalismo (Billig), lo que no deja de componer un panorama ciertamente revelador de lo ocurrido en el siglo XX. En ese proceso jugó un papel determinante otra figura novedosa, la del voluntario, impulsor y transmisor de esa trivialización implícita en el mito de la experiencia de guerra, protagonista de las guerras de la contemporaneidad y encarnación de las nuevas formas de percibir el conflicto bélico, tan asociadas a la nación, pues era el ciudadano el que asumía la defensa de la misma. Además el voluntario encarnó también el ideal de la juventud, el ofrecimiento generoso de la vida por el bien común, el sacrificio de lo más querido en beneficio de la nación —en lo que jugó un considerable papel el cristianismo (se habló incluso de una teología de la guerra, p. 114) y especialmente su esperanza en trascender la muerte—, lo que se recompensó con la exaltación del soldado caído a través de numerosos mecanismos conmemorativos —como la glorificación de la muerte y la ritualización del enterramiento del héroe, con cementerios propios y monumentos— y culturales, como poesías y canciones, que reflejaban la emoción y el sentimiento hacia la nación, lo excepcional y sagrado de la misión emprendida con la guerra. Enalzando a los soldados caídos se obtenían mártires de la nación y sus cementerios y monumentos se convertían en santuarios y símbolos del carácter sagrado de las patrias, el lugar en el que se afirmaba la continuidad de la nación en el tiempo y en el espacio, los primeros conectando con la continuidad y la naturaleza (valga el ejemplo de las *poppies* británicas), los segundos asumiendo la modernidad. La guerra se convirtió por tanto en timbre de gloria y la muerte se nacionalizó, a la vez se trivializó y la derecha la patrimonializó políticamente.

Pero además, a nivel individual, la guerra implicaba libertad, como recogió Schiller en su *Reiterlied* (1797). Encarnaba un ideal masculino reforzado por la fraternidad en las filas, una camaradería que idealizaba al soldado común como el redentor de la nación. Esta exaltación, junto con la vivencia cotidiana hizo que en muchos casos comportamientos excesivos y actitudes aberrantes se normalizaran (como han mostrado, entre otros, Joanna Bourke, 1999 o Sönke Neitzel, 2011).

## RECENSIONES

En 1914 había transcurrido un siglo desde la última guerra larga, y desde entonces el proceso de glorificación de la guerra había sido continuo, acompañado de cambios trascendentales a todos los niveles. Todo ello preparó el ambiente para el estallido de entusiasmo con el que fue acogida la declaración de guerra, que supuso una salida a lo que se consideraba anquilosado y fue recibido con el entusiasmo de lo extraordinario. El mito de la experiencia de guerra sirvió para consolidar la imagen desinfectada, dramática y romántica del enfrentamiento bélico, entremezclada con la exaltación de la virilidad y componentes deportivos presentes por ejemplo en la aviación e incluso en la guerra de montaña. La igualdad de las trincheras también jugó un gran papel en la difuminación de las diferencias de clase, parte igualmente del mito de la experiencia de guerra. Fue además en este caldo de cultivo en el que germinó el culto al soldado desconocido, un catalizador simbólico rápidamente adoptado por todas las naciones. Respecto a la mujer, el mito sirvió por un lado para reforzar la femineidad tradicional —aunque también se fue rompiendo en lo cotidiano—, dominada por discursos que asociaban lo femenino con decadencia y debilidad. De hecho, fueron estos discursos de origen intelectual y surgidos desde la retaguardia los que crearon el mito de la experiencia de guerra y los que tuvieron buena parte de la responsabilidad de su éxito durante el conflicto (sobre todo en el frente interior) y después de él.

Una parte significativa en la construcción de este mito fue la difusión de imágenes y productos que «minimizó la guerra hasta convertirla en materia corriente y común, dejando de ser algo tremendo y aterrador» (169). Por eso se llamaron «memorias inapropiadas» a los intentos de dominar el conflicto, hacerlo más asumible, mediante fotos y sobre todo postales, juegos y juguetes (lo que implica la inserción de la infancia en el marco de la guerra), novelas, teatro (especialmente con las comedias militares) y cine o el turismo por los campos de batalla, entre otras muchas iniciativas que rebajaban la tragedia o negaban la realidad de lo bélico edulcorándola. Como señala Mosse: «La trivialización capitalizaba los impulsos inmediatos de las personas, sin necesidad de pasar por una mediación intelectual, por mínima que fuera, necesaria para comprender adecuadamente muchos mitos y símbolos. El proceso de trivialización sostenía por su base el mito de la experiencia de guerra, a la vez que este santificaba las vivencias bélicas, proporcionando contenido y liturgia a la religión del nacionalismo» (191).

Además, al hilo de lo anterior, incorpora Mosse la idea de la «brutalización de la política», la extensión de la violencia bélica a la cultura política de posguerra ante la indiferencia por la muerte que esa banalización había provocado (un aspecto al que el prologuista ha dedicado un interesante artículo en *Pasado y Memoria*, 15, 2016, pp. 17-42). De alguna manera se asistía a la política de posguerra como a una continuación de la guerra por otros medios, invirtiendo el conocido lema de Clausewitz. En esa continuidad, y acostumbrados a las

## RECENSIONES

hecatombes, los ciudadanos asumían que la vida individual valía poco y su sacrificio no implicaba una catástrofe, pues la propia consideración de la naturaleza humana la reducía a instintos primarios y primitivismo, considerados más naturales que la afectación y artificialidad de la civilización moderna (esta distinción está en la base de la diferencia entre *Kultur* y *Zivilisation* germana, muy habitual en Spengler). La propia deshumanización del enemigo, tan extendida durante todo el siglo XX, ayudó a normalizar la idea de que odiar y, por tanto, dar muerte al contrario, no era nada reprehensible, pues aquel encarnaba la inversión de todos los valores propios. La distinción amigo-enemigo, tan señalada en Carl Schmitt por ejemplo, sería un síntoma más de ese proceso. En esta sensación de que la guerra seguía y que se plasmaba a todos los niveles, como en imágenes reutilizadas de la I Guerra Mundial o en películas que exaltaban la guerra y sus valores, el antisemitismo de Estado en la Alemania nazi encontró un fácil acomodo, según señala Mosse. Por si faltara algo, llegó la guerra civil española, «el evento decisivo —el despertar político— para muchos miembros de la generación de posguerra» (239). Y en ella, para los no españoles, el voluntariado fue fundamental, animado de nuevo por unos intelectuales que proporcionaron muchos materiales con los que animar a la participación. La diferencia con el predominio derechista en el mito de la experiencia de guerra es que el voluntariado internacional en el conflicto español no glorificaba la guerra en general, sino esta en particular como medio para derrotar a un fascismo en auge, hasta el punto de que el pacifismo británico —el más fuerte entre todos los europeos— lanzó el contradictorio eslogan «Contra la guerra y el fascismo», lo que llevó a muchos a España y mostró su debilidad ante el poderoso mito de la experiencia de guerra.

Señala Mosse el gran cambio producido con la II Guerra Mundial pues «emborronó la distinción entre frente y retaguardia, [...] no conoció la guerra de trincheras —tan importante en la evolución del mito—, y en donde la victoria y la derrota iban a ser incondicionales» (253). El mito de la experiencia de guerra entró en declive ante una realidad que lo desmentía y que se conoció y sufrió de forma directa en el frente y la retaguardia. Y aunque hubo continuidades e intentos de mantener los elementos más significativos del mito resignificándolos, ya no tuvo ni de lejos la potencia de las décadas anteriores. El hecho de que ya no hubiera voluntarios ni una expresión de entusiasmo debido al ferreo control estatal limitó los primeros a los extranjeros que se unieron sobre todo a las tropas alemanas, lo que les llevó a crear justificaciones en las que aun se mantuvieron rasgos del mito. Sin embargo, este ya no tuvo casi presencia ni papel en la posguerra, en la que «se tambaleó y murió» (265), salvo quizá, señala Mosse, en la URSS, donde los monumentos a los soldados caídos conocieron el auge que no pudieron tener en la primera posguerra mundial. Hubo también monumentos conmemorativos en Alemania a partir de 1952, pero con una diferencia: «los memoriales a los caídos de la Primera Guerra Mundial hacían referencia a la

## RECENSIONES

experiencia de guerra en sí; los *Mahnmale* tras la Segunda Guerra Mundial simbolizaron las consecuencias de la guerra» (270).

En cualquier caso, Mosse no considera vacunada a la humanidad del mito de la experiencia de guerra, pues «está atado al culto de la nación: si este se encuentra en suspensión [...], el mito se debilita fatalmente, pero si la religión cívica del nacionalismo vuelve de nuevo a ascender, el mito lo acompañará una vez más» (279). Cuando Mosse escribió estas palabras, en 1989, el nacionalismo parecía algo en retroceso. Sin embargo, algo más de un cuarto de siglo después, ha resurgido con fuerza y tal vez con él comiencen a llegar los signos de un mito que pareció liquidado después de 1945. Y aunque Santayana no acertara con su admonición de que quien no conoce su pasado está condenado a repetirlo, tal vez sería interesante que la lectura de estas páginas nos mostrara los riesgos de la guerra y la violencia, el peligro de la exaltación de la diferencia y la exclusión y toda su cohorte de deshumanización e irracionalidad. Aunque nada en el futuro sea lo mismo que en el pasado, leer buena historia nos puede ayudar a vacunarnos.

George L. Mosse (1918-1999), nacido en Alemania y huido de ella al llegar los nazis al poder, fue profesor en la Universidad de Madison-Wisconsin y en la Hebrea de Jerusalén. Fundó con Walter Laqueur el *Journal of Contemporary History*. Entre sus obras más destacadas: *The Culture of Western Europe: The Nineteenth and Twentieth Centuries. An Introduction* (1961); *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich* (1964); *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich* (1966); *Germans and Jews: The Right, the Left, and the Search for a "Third Force" in Pre-Nazi Germany* (1970); *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (1975); *Nazism: a Historical and Comparative Analysis of National Socialism* (1978); *Toward the Final Solution: A History of European Racism* (1978); *International Fascism: New Thoughts and New Approaches* (1979); *Masses and Man: Nationalist and Fascist Perceptions of Reality* (1980); *German Jews beyond Judaism* (1985); *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe* (1985); *Confronting the Nation: Jewish and Western Nationalism* (1993); *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity* (1996); *The Fascist Revolution: Toward a General Theory of Fascism* (1999). Con Walter Laqueur editó: *1914: The Coming of the First World War* (1966); *Literature and Politics in the Twentieth Century* (1967) e *Historians in Politics* (1974). Su autobiografía póstuma se publicó en 2000: *Confronting History*.

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra